

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertéense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado.	1'50 ptas
Número suelto.	0'15 "
Número atrasado.	0'20 "

LA EDUCACIÓN MORAL

por John Stuart Blackie

Catadrático de la Universidad de Edimburgo

(Continuación)

II

Quizá sea oportuno, antes de entrar en detalles, indicar con una sola palabra la conexión que une la moral y la piedad, conexión que no siempre es bien entendida. Existe una escuela de moralistas ingleses procedentes de la de Bentham, que ha trazado un plan de moral sin religión. Esto viene á ser, diciéndolo en pocas palabras, un divorcio contra la naturaleza, un signo evidente de mezquindad, la señal de que existen lagunas entre quienes se convierten en abogados de este sistema.

Persona de la sabiduría como el anciano Epicuro, no dudo que pueda ser, según el curso seguido por la sociedad, un hombre muy bueno con una vida pura á pesar de creer producto de un concurso fortuito de ciegos átomos el edificio de este universo magnífico; estoy perfectamente convencido de que hay pocos en nuestros días tan virtuosos como algunos que nos hablan de leyes naturales, encadenamiento fatal, de la feliz combinación de circunstancias exteriores, y que piensan con estas frases vacías explicar el mundo sin tener necesidad de invocar el espíritu. Pero para una alma sana esta moral ha de tener algo incompleto, algo anormal, monstruoso. Me figuro un buen ciudadano inglés, pagando con regularidad el impuesto, cumplir el tiempo del servicio militar debido, batirse valientemente según las necesidades de la patria, y después no querer descubrirse ante la reina. Sin duda que no lo señalaríamos con el signo infamante del traidor y del

rebelde; pero, no obstante, sentiríamos un cierto desprecio indulgente por un sujeto tan entregado á los caprichos y tan falto de buenas maneras.

Así pasa con los ateos, sea su ateísmo teórico ó práctico. Son la mayor parte del tiempo visionarios, mercaderes de ideas falsas; hilan sogas de oro y de seda por medio de las cuales ellos mismos se estrangulan; simples máquinas de razonar, absolutamente desprovistas de toda noble inspiración; su cielo intelectual, si puedo atreverme hablar así, es de plomo, sin calor ni luz; agotan sus fuerzas nutriendo la secreta satisfacción que les proporciona sus mezquinos conocimientos, y en realidad de verdad, sus groseros dedos no alcanzan sino á lo que se toca, clasifica, se adiciona ó se disecciona. Una cosa se escapa al tacto, al microscopio, á todos los diagnósticos: esta cosa es la vida. La vida es la razón presidiendo la obra, lo que no tiene otro nombre sino el de Dios. Ignorar este término supremo de las cosas, es concebir la máquina de vapor sin el genio de Jaime Watt; es levantar el plano de acueductos conductores de agua á una gran ciudad, sin indicar el manantial de donde brota; es mostrarse de limitada comprensión ante el único hecho que hace á los demás posibles; es dejar el cuerpo sin cabeza. El origen de toda nobleza moral está en la alta inspiración interior, y este origen proviene del propio Dios.

III

Quiero indicar ahora alguna de estas virtudes cuya conquista debe ser la gran ambición de los jóvenes, si desean hacer de la vida, ese don divino, el uso mejor y más noble. Cada hora, cada momento, nos pone en circunstancias de obtener, en la gran batalla de la vida, una gloriosa victoria ó de sufrir un vergonzoso desastre. No brotan las primaveras en la primavera: del mismo modo ciertas virtudes han de arraigarse en la juventud, de